

El bus la dejó a la entrada del pueblo. Lo vio alejarse por la polvorienta carretera e inició su recorrido. Adelante iban dos máscaras. Le llevarían unos trece metros, y las oía dialogar. De ven en cuando voteaban a mirarle y no se extrañaba, porque también eran máscara, y pronto se reunirían en el mismo lugar.

El Acuario

El acuario estaba lleno de nostalgias, quieto. Sin peces. Burbujeaba sobre la mesa. Cuando nadie lo veía, aleteaba.

El hijo del verbo

Cuando todos esperaban verlo morir, porque espiraba, el anciano balbuceó su última palabra: de su boca nació el niño que juega en el patio.

La Momia

Fue desanudando las vendas que cubrían a aquel cuerpo y a cada vuelta aparecía, transparente, la realidad.

Hombrecitos

Descansaba tendido en la arena. Se llevó la mano a la oreja para rascarse. Con cuidado se quitó un hombrecito que le vociferaba al oído. Lo puso sobre el dorso de su mano izquierda y con el índice de la derecha lo disparó. A siete metros lo observó caer y rodar por el suelo; vió que se levantó y comenzó a correr, anunciando, con su mano diminuta, futuras venganzas.

***HOMBRECITOS**

**Mención especial Concurso Latinoamericano de Cuento, Ko'Eyú
- Caracas - Venezuela 1983.**

Gusanito

Inspiraba ternura ver la lucha del gusanito por sobrevivir. Recordaba a los conejitos, a los gaticos y a los polluelos. Se movía con dificultad; y una vez crecido, él y sus hermanitos, terminaban prontamente los cadáveres del cementerio.

El Ascensor

Con él entraron dos o tres personas. No supo en que piso se quedaron; él en el tercero. Al salir de la reunión esperó nuevamente el ascensor. Esta vez era el único; bueno, también iba el ascensorista. Llevan varios días bajando.

Sogaro

Hubo que intervenirlo: le cortaron la mano; pero la mano -que sanó- permaneció leal. Cuando yo lo conocí lo acompañaba yendo siempre sobre su hombro. De vez en cuando se contraría de que llegue a tiempo a la hora de tomar el desayuno.

El Emigrante

El emigrante, viejo relojero suizo, tomó un pequeño reloj y se dispuso a verlo; al destaparlo cayó de improviso, en las honduras del tiempo.

Transmigración

Se ejercitó en el arte de la transmigración: alegre, trinaba -canario; reverdecía -árbol, y se daba a la meditación en la piedra. Era paisaje. Finalmente no sabía si era piedra, trigo, árbol o persona. Cuando llovía tardaba en regresar; su ciclo era largo. Así envejeció al Hombre para que durante su ausencia sus manos no cortasen el Arbol, no destruyesen la Piedra, no matasen el Canario.

Memoria del Viento

Fundé una palabra y sobre ella un momento. Pasó la palabra; me deshice.

El principio

Como es arriba es abajo, dice el principio, y el árbol lo creía; mas una de sus raíces hízose caprichosa y buscó intensas experiencias. Las ramas ignoraban lo que sucedía en la tierra. La raíz, aventurera, en sus andanzas salió a la luz y vió a la rama penetrando al suelo. El árbol dio un tumbo y quedó al revés. Los demás se rieron y fue tema de conversación cuando llegó la brisa.

Tragado por la tierra

Se le puso roja la cara de la vergüenza. Había cometido una imperdonable imprudencia y dijo: “Mas me valdría que me tragara la tierra”. Y desapareció.

En la Ciudad de Hierro

La voz femenina de un disco mejicano, a todo volumen por los altavoces de la Ciudad de Hierro, llenaba el ambiente. La gente entraba a divertirse: subía a la Rueda de Chicago, se precipitaba temeraria por las pendientes de la Montaña Rusa, gozando del vértigo o de miedo, en el Museo de Cera, o en la Casa de Frankenstein. Los niños más pequeños no cambiaban por nada el trotecito circular del Carrusel; y un poco más allá, algunos juegos. Se podía apostar al Martillo, al Tiro al Blanco con escopetas de corcho con cañones torcidos. Los vendedores ofrecían helados y crispetas, choclos y chorizos. Un grupo de adolescentes se acercó a la Mujer del Pozo. Venían del Tren Fantasma y querían jugar con ella. Apostaban a cuál de todos la haría zambullir primero y cuál más veces. Subida en un columpio, se balanceaba con mal humorada resignación. Allí estaba Carlos Alfonso; siempre con buena puntería, siempre dando el remojón. Cuando la mujer caía no oía la canción mejicana ni escuchaba las carcajadas de los muchachos; tragaba agua. Luego salía, colgaba el columpio y se sentaba nuevamente como un antropoide amaestrado. A Carlos le gustaba verla tiritar. Le parecía fea, sin embargo algo impreciso le producía felicidad. Durante la feria fue siete veces y la última la esperó a la salida del trabajo. Pensaba asesinarla. Sería un homicidio piadoso. Como tardaba se llegó a su camerino con la navaja escondida y bien abierta. Al entrar, en la penumbra tropezó y cayó. Ella gritó. Carlos vió de su grito salir una manada de perros rabiosos. Quedó privado. Cuando despertó se encontró en la mitad de las figuras de hierro: llevaba un collar y la mujer del columpio lo jalaba. Le puso la comida en el suelo y lo miró inexpresivamente.

La Audiencia

Los tres esqueletos se pusieron de pié y el Presidente de la Audiencia les tomó juramento. El Presidente era un mandril. Colocó el Código sobre el escritorio y se dirigió al acusado: “A ver Alberto: ¡Cuéntenos cómo fue su niñez!”. Alberto recordó que le gustaba montar en tren cuando todavía usaban carbón y tiraban gamarras para llevar ganado, que le gustaba su olor y verlos debajo de la llave tanqueando agua, pero no respondió. El Presidente lo mordió, arrancándole la mejilla, dejando ver los huesos del pómulo. No sangró. El Fiscal levantó vuelo dejando caer algunas plumas y de un sólo picotazo le sacó las víceras.

Alberto no podía llorar. No sufría. El primer mordisco del presidente lo insensibilizó. Su pupila dilatada veía las astucias de su Defensora -una gallina saraviada- que vino, le sacó un ojo y puso en la sala su primer huevo. Cacareaba hasta que la Parte Civil se elevó. El Conde Drácula tomó asiento entre los espectadores. No, ese no era el Conde, era un Juez acompañado de un Magistrado. Drácula entró enseguida, elegante como siempre. En la puerta se amontonaba la Corte de la Cenicienta. El halcón, que tenía la palabra, se comió el llanto de un niño y sobrevoló la Sala. El búho cambió el alféizar de la ventana por el espaldar de un asiento. Alberto, con el ojo que le quedaba, volteó a mirarlo, aunque con cierta sensación de culpa por darle la espalda a los esqueletos: dio un grito. La Sala estaba llena de espantos. Todo era muy extraño y no era por los animales ni Caín ni Frankenstein ni los Cadáveres Atómicos. De la mirada del Presidente salían polillas y él lo veía en distintos lugares al mismo tiempo. “Oh febril simultaneidad de las mil lenguas del monstruo de la Reja”, exclamó para sí, Alberto, llevándose las manos a la cabeza. “Habría sido hermoso poder escapar en uno de esos trenes de la infancia”. Lo sentía pitar con su *ú h u u u h h h*, pero no llegaba.

Vibró un nervio entre las hendiduras de su maxilar superior. El Juez y el Magistrado eran el Presidente. A veces sobre el pico de la gallina aparecía la excrecencia roja del cóndor. Todo era lento, pesado, interminable. Con mucha dificultad logró arrodillarse y llamó al Ángel de la Guarda. Caín apesadumbrado se fue por la puerta del purgatorio. Fuertes movimientos se sintieron y un olor a azufre se expandió por la sala. Uno de los miembros del Jurado se levantó y pisó el huevo, saliendo de las cáscaras una serpiente. El Ángel de la Guarda llegó volando y entre brazos rescató a Alberto. Uno de los miembros del jurado aún llora enternecido. Ese soy yo; Alberto.

Llevando sus pasos

Abstraído vivía aquel niño que un día se olvidó de sí, y deambula por la ciudad como una hormiga sobre un mapa, siempre presente de olvido.

Una tapa para el hueco

Mientras el candidato hablaba en el salón, rodeado de sus copartidarios, alguien se le acercó y le informó al oído:

-Ya quité la tapa.

-Eso está bien - le contestó y se reintegró al grupo. La reunión continuó. Llegado el momento de pronunciar su discurso, tuvo ocasión de demostrar que la alcantarilla, abierta, era un peligro para la comunidad. Su brillante intervención fue varias veces interrumpida por fervorosos aplausos.

Oficinas

(Una señora, antigua maestra y jubilada, a toda voz quejándose del mal servicio. Sale un empleado y le pregunta, tratando de aplacarla:)

Señora; ¿qué se le ofrece?

-Que estoy esperando hace veinticinco años que me asignen mi lote de la Circunvalación.

-¿Cuál lote?

-Pues el mío; el de la Circunvalación. Hace más de veinte años estoy pagando arriendo y todavía no me hacen propietaria.

-Déjeme ver su documentación.

-Aquí tiene las declaraciones de renta.

-Esta no es la Oficina de Impuestos Nacionales.

-Pues yo lo sé; ¿por qué cree que he venido?

-¿Entonces por qué me pasa estos papeles?

-Pues para que me de mi paz y salvo de la casa.

(El empleado desconcertado, confirma sus temores; la mujer está trastornada).

-Señora, vuelva dentro de quince días.

-¡Ay! ¡quince días! ¿Cómo se le va a ocurrir? ¿No ve que estoy viniendo desde hace veinticinco años, que hace veinticinco años estoy haciendo cola para pagar el agua, la luz; que hace veinticinco años estoy pagando arriendo? ¡Desconsiderado!

-Señora; ¡por favor!

-Habrá que esperar las próximas elecciones.

Risas de la gente, ahogan su desesperación.

El llavero de plata

Todo el día lo había pasado en la cama, con cierto abandono. A las siete de la noche, salió en busca de sí mismo. Tenía cita a las ocho y no quería hacerse esperar. Cuando entró al bar pidió un “Old Parr” en las rocas, y mientras bebía, escuchaba un Jazz.

-Son las ocho - le dijo un mesero, al tiempo que le entregaba un llavero de plata.

-¿Ya son?

-Sí señor.

Alberto se retiró. Tomó el ascensor del hotel y se quedó en el quinto piso. El ascensorista lo miró con curiosidad y se despidió. Alberto no le contestó; su atención la tenía puesta en la habitación que se encuentra al final del pasillo. Le sudaban las manos. Caminaba lentamente, pero le parecía demasiado rápido. Tocó con los nudillos. Esperó que le abrieran, y al ver que nadie lo hacía, introdujo la primera de las siete llaves, y entró: su habitación estaba tal como la había dejado: las sábanas revueltas y el libro en el nochero, abierto en la misma página. “Siempre me siento igual en este sitio” pensó. Caminó hasta el balcón y con la segunda llave abrió la puerta. Los avisos luminosos lo reconfortaron. Bajó rápidamente por las gradas y deambuló toda la noche. Desayunó en una cafetería. A las siete abrió la oficina: fue la tercera llave, y con la cuarta su cajón. Tomó un papel y trató de escribir. Salió. Con la quinta abrió la puerta del carro y, con la sexta, la guantera. Llegó al hotel, pidió un trago de whisky, y le trajeron un “Old Parr” en las rocas. Subió al quinto piso, recorrió el pasillo y, al abrir la habitación todo terminó.

Leyendas Campesinas

I

La Pasión del Duende

La niña se mantenía con miedo de volverlo a ver; presentía que aparecería, con su sombrero grande, y al descubrir su presencia, se desmayó. El se acercó a peinarla y a peinarla, complacidamente.

2

Santo Remedio

Le cortaron el pelo y destemplan un tiple: así espantaron al Duende.

Enojado tira terrones por la quebrada.

*En el Coro
de los Grillos*

Allí, donde el hombre se sentó, llegó la noche. Encendió su cigarrillo. Se recostó contra el barranco. Hacía círculos con el humo, que no veía en la oscuridad, y advirtió, cercana, una piedra, cantando. Pensó que podría ser piedra de río, con ecos de rodados y sumergidos, pero no... Tenía otra musicalidad; algo de grito, algo de dolor... El hombre se quedó dormido y poco a poco se fue reduciendo, haciéndose piedra del camino que ahora canta en las noches.

Algunos dicen que cuando salen las estrellas las piedras afinan sus voces.

La Reina de las plantas

Los niños quemaban papeles en el patio y sus padres les llamaban la atención.

-Van a quemar las matas.

-No, tenemos cuidado -y seguían jugando con candela. De pronto se elevó la llama alcanzando una begonia.

-Se los advertí -dijo el padre. Ahora deben tener cuidado con la Reina de las Plantas.

-¿Por qué? -preguntaron inquietos.

-Es que ustedes no hacen caso. A las matas les duele. Es como si les quemaran la piel.

-La Reina de las Plantas no existe; eso lo dice por asustarnos.

-Si existe -replicó el papá. Así como hay una Reina de las Abejas, y de las Hormigas, así también hay una Reina de las Plantas.

-¿Y cómo es?

-¿Dónde vive?

-Es invisible y está en todas partes.

Los niños pasaron a otros juegos y se olvidaron de la hoja quemada de la begonia, pero por la noche, a media noche, sin necesidad de que sonara ninguna campanada, esperaban, asustados en sus camas, a la temida llegada de la Reina de las Plantas.

El árbol del ahorcado

Cuando los campesinos descubrieron el cadáver del ahorcado, lo descolgaron respetuosamente. El cuerpo quedó sobre la tierra y de su boca salieron palabras sanguinolentas y verdosas. El árbol mudó sus hojas; se llenó de gritos.

*Donde el Anima
dio el último grito*

Allí donde el Anima dio el último grito sangran los árboles en Semana Santa. Si el que ve sangrar los árboles está en pecado, al salir del bosque se le amarrará una culebra en los pies; pero si es hombre de bien, encontrará una potranca blanca que se dejará montar, y cabalgar toda la noche hasta llegar el alba; entonces, a la hora de despertar se encontrará tranquilo en su propia cama. El que estuviere en pecado se hundirá en la grieta que dejó en el aire, el último grito del Anima.

Miércoles de Ceniza

El Miércoles de Ceniza el sacerdote imponía la Cruz a los feligreses diciéndoles: “Tú eres tierra y en tierras te has de convertir”, y en verdad, decía. Aquellos que escuchaban se iban transformando, su piel se hacía porosa, suelta, desprendible.

El Descabezado

En la región no creían en el descabezado, porque decían que gritaba y eso era imposible. Los incrédulos no hacían caso, hasta que lo vieron pasar galopando por la montaña, llevando su cabeza pegada contra el estómago, para no olvidar jamás su grito en las cañadas.

El Alma del Monte

Salió de la cantina sin ver ninguna estrella. Luchaba su equilibrio por el callejón de los guamos. Serenaba a la una de la madrugada. La oscuridad se había tragado dos latidos de los perros. Los caballos dormían echados. En el trayecto de “El Centavo Menos” don Alejandro vio un bulto blanco que venía. No precisaba sus contornos. Le llegó de pronto toda la humedad de la montaña, su olor a yaraguá. Echó mano al machete, pero poco más adelante reconoció el Alma del Monte, su pelo suelto, su piel luminosa. Se dio la bendición y despertó al otro día dentro de un cafetal.

Llamada

-Está don Hernando?

-No; hace quince años murió.

El Evaporado

Fue perdiendo solidez y consistencia; se deshacía. Por la ventana de su habitación salían sus ilusiones, sus recuerdos, sus temores, evaporándose. Cuando fueron a visitarlo sólo quedaba un leve tinte rosado. Atardecía y algún reflejo entraba de indefinido matiz.

Observatorio

Por un camino de colores los niños suben a jugar al cielo.

Examen de laboratorio

El profesor de natación daba a los niños pececitos en un vaso de agua sacado de la piscina. Sus alumnos ganaban las competencias. Los otros niños los acusaban de doparse y los hicieron examinar. En el laboratorio quedó el acuario con los pececitos de colores.

Narices de payaso

Al salir del circo las niñas con su padre, iban con narices de payaso. Llegando a casa se escondieron -juguetonas- para asustar a mamá; mas su madre no estaba. La casa estaba vacía. Las niñas se quitaron las narices de payaso y su alegría al suelo rodó por las mejillas.

Destino

El labriego lanza las semillas al campo como lluvia de esperanza. Rápido brotan sus lengüecitas verdes y apetentes. Una, entre ellas, no puede salir de su envoltura. Llena de tristeza se convierte en piedra. Siglos más tarde la descubre un científico y la exhibe cual joya. Recorre el mundo en el viento de las páginas, deseando caer.

Llegada tarde

Tenía la sensación de que el mundo se acabaría. Veía el gesto duro y la mano justiciera golpeándolo. No sabía qué hacer. Las siete de la noche llegaron muy rápidamente. La comida ya estaría servida y los tesoros buscados ese día tampoco habían sido suyos. Subió las gradas verdes del antejardín adornadas con las hermosas plantas que diariamente cuidaba su mamá. La luz del bombillo de la puerta de entrada principal iluminaba plenamente, como un delator insobornable. Abrió su hermano. La familia comía al derredor de la mesa. Pasó a su puesto. Nadie dijo nada.

Encuentro

Al salir sintió el ambiente húmedo. Caminaba con agrado. Abundaban las hojas de los cámbulos. La hora, azul. Desprevenido encontró a la joven. Hablaba la mirada. Siguieron por una sonrisa. Yo los veía desde mi ventana. Volvía levemente a lloviznar.

Atabales

Cortaba la noche como un cometa sobre ruedas a más de 100 kilómetros por hora. Al entrar al cañón ya iba a 120, y era más la muerte que la vida. Al ver las cañas bravas, al borde del río, comprendió que estaba próximo a llegar. En sentido contrario, otra moto también venía. Una roja y la otra negra; y en cada una una pareja. Tenía sus cascos y sus viseras, sus pantalones ceñidos y sus chaquetas, aunque Isabela dejaba al aire los largos vuelos de su falda blanca. Tras ellos otras luces se movían, y otros ruidos, al encuentro convenido en las montañas. Cortaron los alambres del un cerco y entraron raudos, caballeros de la noche, sobre sus veloces corceles de humo. En el suelo retumbaban los atabales de sus maniobras suicidas. Cuando los vigilantes del Club llegaron, vieron dos grupos dentro del Campo de Polo, pero pronto fueron sorprendidos y amordazados. Sólo sus ojos asombrados iban a ser testigos del extraño suceso. El perfume de Isabela agradaba a su amigo. Cada bando se tomaba su tiempo. Nadie vió esas lágrimas rápidas que le brotaron a Isabela y de las que enseguida se olvidó. En la gramilla quedaron dos soberbias motocicletas. Ninguno preguntó por qué estaban allí; nadie intentó evitarlo. Dieron varias vueltas y se ubicaron frente a frente. Se hizo un solo grupo en las blancas graderías. Se pusieron capas negras y sombreros negros, y con guantes negros llevaron a su cara anteojos oscuros yéndose al tono de la noche. Isabela, en la mitad, sobresalía con su vestido blanco. Se levantó, bajó la gradería, se acercó al árbol donde se encontraban los vigilantes y les anudó un pañuelo de rombos verdes y amarillos tapándoles los ojos. Regresó a su sitio y se puso sus anteojos rosados, de blanco marco. Los motores prendidos, los cascos puestos, la visera bajada y la determinación en la punta. Las lanzas parecían de luna y los banderines se alumbraron de frío. Fue violento arranque, galopante aceleración; la arremetida demasiado breve, y el choque de las máquinas, la delicada y húmeda sensación en las mejillas de Isabela.

La Carrera en Círculo

Ya se dio la señal. Los atletas corren. Ya llegaron. Ahora corro yo. Ya te alcancé. Ahora corres tú. Ya alcanzaste a tu padre. Ahí va el abuelo. A éstos no los conozco... Ese que va ahí es mi hijo. Aquel, tu nieto. Atletas de camisetas amarillas, en las fotografías...

El Parto

Gozó haciendo el amor y pronto supo que esperaba su fruto. No sólo aumentaba su vientre; crecía en toda. Una nueva mujer se gestaba: un hueso dentro de otro hueso, una mano pequeña dentro de su mano y un nuevo corazón, y una nueva mirada, un nuevo ojo. A los nueve meses se resquebrajó y tuvo una sensación de frescura en su nueva piel. Cuando nació se puso un saco.

Determinación

El fin de unos bellos días es éste y no trataré por nada de enseñar a mi corazón cosas distintas a las que siento. Lo mejor es que siga en su puesto y pierda. Tampoco le daré el remordimiento. No le enseñaré nuevas palabras, ni caminos. Ya no hay nada que me importe.

-¿Qué dices?

-¿Un whisky?

El fin de unos lindos días es éste...

Y echó a caminar por la Avenida Sexta.

Fotografía Sonámbula

Aquella noche los ojos navegaban en sus cuencas. Encendió la vela. Se acercó al espejo: se vio en su torre de sueños. Continuó por el pasillo. Su figura lo sigue desde el espejo.

Espejismo

Todas las mañanas salía a cuidar su fortuna. El la veía y creía en ella. deseaba acrecentarla y se decía que la veía aumentar. Sus ojos, con el paso del tiempo, se han debilitado, y ningún médico, ninguna droga, puede detener este proceso irreversible; así ve borrarse los contornos de su fortuna como se deshacen los imprecisos y difuminados límites de las cosas cuando crece la distancia.

Puertas

Las puertas le obsesionaban: no hacía más que abrirlas y cerrarlas. Recorría la ciudad tocando para que lo dejaran entrar y enseguida salía. La gente lo conocía y era querido por todos. Distinguía sus sonidos: los de madera, los de hierro, los de bronce, los de cristal.

Parricidio

Las palabras lo han amenazado con abandonarlo de sus sonoras ataduras, incluso de quitarle el nombre.

El Puerto

Era aún joven y el corazón anhelaba un cariño. Esperaba en la playa el regreso de su amante. un día vio un velero que llegaba. Su mirada era el puerto y el barco se hizo grande, hermoso, lleno de tesoros y entró triunfal por cada uno de sus ojos. Su puerto era de un solo amor y así se ahogó con el peso incontenible de dos embarcaciones.

Inconvenientes

Por su gusto ha llegado a tener un serio inconveniente: si ve a una mujer que le llame la atención, sus ojos se van de sus cuencas como dos aves, como dos manos que se alargan. Le sucede hace algún tiempo.

Escenas de la Noche

Creía conocerse a sí mismo, sin embargo, se sentía algo extraño. Su vida le parecía aislada del destino de los demás. Se había tomado medio vaso de cerveza cuando descubrió la música. Se arregló el saco. Las canciones que escuchaba no eran de su agrado. Las más bellas terminaban pareciéndole insulsas. -Otra, por favor- pidió al mesero. Saboreó esa cerveza hasta los ojos de una joven. Se sintió ridículo con su smoking, allí. Pensó que se estaría burlando de él y le sonrió. Ella tuvo un gesto amable. A las once y media permanecían en sus mesas con interés. Se fueron conversando. Ella tenía un sweter negro en la espalda, con las mangas anudadas al cuello. Le dijo que deseaba caminar. Pasaron junto a las vidrieras de los almacenes. Siguieron el camino del deseo. La escalera traqueaba, delatora. Al cerrar la puerta abrieron sus vidas en una ternura infinita. Tenían la misma pregunta. Buscaban algún raro signo. Entonces él jugaba con su pelo y se extasiaba, cuando oyeron reír burlescamente. Un grupo de bufones cayó a la habitación saltando desde el balcón del edificio del frente, rodaron por el suelo, y comenzaron a brincar jalando sábanas y cobijas, tirándose las almohadas, mofándose de su desnudez; gesticulaban sin parar de llevarse las manos al sexo, sin dejar de decir obscenidades. Uno, de labios brotados y verdosos colores en las mejillas, abrió la puerta de par en par, y salió al corredor dando voces. Homosexuales y prostitutas, habituales inquilinos de aquel hotelucho, despertados por tanta algarabía, se asomaron. al llegar el administrador todos se esfumaron. Cerró la puerta. Al interior se diría que nada había sucedido sino fueran las lágrimas de Lita. Rolando le tomó las manos entre las suyas y al sentir que sus labios caían al vacío, comprendió que estaba deambulando por los rotos caminos del Sueño.

*Tema de mujer
en la calle*

Nos vimos reflejados en la vitrina. Su sonrisa saltábale en los labios. Atraído por sus señas me lance a ella y resbalé en el vidrio. Con su falda aguamarina la sirena se perdió en la gente. Me sangra la cara.

Voyerista

La puerta del baño decía: "El"; la otra decía: "Ella", y no fue casualidad verlas juntarse amorosas y marrulleras.

La Ardilla

Una hoja. Dos hojas. Un árbol. Dos árboles. Lianas y bejucos. Árboles y hojas. Olas verdes y en lo alto olas azules de luz. Por entre las piedras, la quebrada. Los helechos gigantes. La vieja puerta de madera. Rústica. Musgosa. escucho el ruido del agua. La humedad del paraje. La frescura del ambiente. El camino mojado que sugiere la salida y al otro lado del monte salta café rojiza, la cola grande, de rama en rama, la ardilla.

Conversadoras

Las semillas, en víspera de la siembra, ilusionadas conversaban como adolescentes, amando su futuro. Mala tierra se las tragó. Estas no germinaron.

La Urna

Nunca pensó en conocer la Urna de los Secretos del Mundo, pero allí estaba, inesperadamente, frente a él. Con gran expectación la abrió: la encontró vacía. Se llenó de maligna alegría y comenzó a meter la realidad dentro de ella. Cuando el mundo estuvo dentro, y él también, todo seguía lo mismo.

*¿De quién son
las abejas?*

José, en días pasados, traía un enjambre. Venía en bus y en una de esas curva el conductor frenó, la caja rodó y las abejas se escaparon. Todo era zumbido y dolor. Jamás dijo José estas abejas son mías...

El Comemoscas

Era un voraz comemoscas. No podía ver una porque se iba tras ella hasta atraparla. Se deleitaba. Las saboreaba. Los domingos aprovechaba para ir a los basureros. Se mantenía bien peinado. Tenía su estilo y sin duda era elegante. La gente no se incomodaba. Los insectos al presentirlo se alejaban. Murió repentinamente y ninguna mosca se posó en su fría boca abierta; los gusanos nunca llegaron. Una noche principió a comerse a sí mismo y creció y vivió nuevamente. Ahora con más tamaño, y nueva vida, no sólo come moscas sino hormigas, patas de rana, cangrejos, angulas, gallinas, vacas muertas, como cualquier ciudadano de buen gusto.

Investigador privado

La luz de la habitación estaba encendida. Sigilosamente penetró por la ventana. A primera vista no observó a nadie. Era de un estilo muy propio: empezó por presentarse. Con tono cortés, interrogó los zapatos, luego la camisa, después la correa. No obtuvo ninguna respuesta concreta. Se fue desesperando porque él tenía sus razones para insistir; se acercó al sombrero y un poco más abajo ¡tiró de la corbata! y fue apretando el nudo hasta estrangular al hombre invisible que estaba guardando la respiración. Eso no lo pudo disimular la correa, y se enfureció de que, siendo tan evidente, tratara de engañarlo.

Los ojos en la espalda

Le llamó la atención la actitud y continuó. Al día siguiente volvió y se detuvo por un momento. El loco lo miró y él siguió. Fue ayer que, después de varios días, pudo mirarlo. El cuaderno estaba en el suelo, junto al muro. Se agachó y leyó: "alguien que pasa por aquí diariamente, me espía", y una mano lo tocó en el hombro. Al voltear se encontró con el rostro sucio del loco.

Mano Caballo

Le dio ira, de la incontenible, de la del rayo; levantó la mano, subió a lomo de su puño encabritado, y se alzó a galopar. Mordía y daba coces furiosa, fuerte y libre.

La oreja

Creía que lo retenía con sus brazos, y sus besos, y aunque su cuerpo era joven y atractivo, lleno de desenvueltos encantos, era su voz la de los nudos indesatables, la cinta del tiempo, gradas del laberinto, pozo, prisión.

Vivía escuchándola. Se le cristalizó una oreja. Empezaba a convertirse en concha.

La aguja en el pajar

Se puso a buscar la aguja en el pajar, encontrándola después de siete días. Feliz de haberla conseguido, quedó muy triste, sin embargo, cuando al levantar la cara, se encontró perdido en la Isla del Tiempo. Le dio rabia, tiró la aguja al mar de instantes, y la realidad reapareció.

La cara del árbol

Los gestos le eran conocidos y revelaban las emociones. Allí la máscara del dolor, allí la de la ira. Pasó al fondo del teatro y preguntó por la suya. El artista lo hizo seguir y lo cubrió con arcilla. La arcilla se solidificó y reflejó al mundo sus verdaderos sentimientos. Regresó al bosque ufano de ser un árbol a tono con su corteza.

La Vaca

Cada que regañaban al niño, desaparecía. Su madre sabía que se escondía en el vientre de una vaca. Nadie se inmiscuía en los negocios de su padre pero él se dio cuenta que la había vendido. Ese día, disgustado y triste, se fue a hacerle compañía. Se quedó dormido. Sintió frío cuando despertó en el matadero y el cálido regazo había sido descuartizado. Regresó a su casa, y desde la ventana mira el verde potrero.

Noticia del Rocío

Veloces dentelladas abrieron las fauces y tragaron sus víctimas;
luego se devoraron. El rocío brillará mañana, a trechos, sobre el
gran cementerio redondo.

Un espejo al entrar

Le fascinaban las casas que al entrar tenían un espejo; le parecía que alguien venía a su encuentro y le recibía afectuosamente, mucho mejor que si se tratase de un familiar.

Novedades

Solía salir a pasear dejando su cuerpo solo; la puerta abierta. Aquel día, cuando regresó, la encontró cerrada, tocó y golpeó, sin conseguir abrirla, entonces llamó, y una voz nueva le contestó dentro de sí.

Intihuana

Cuando Dios murió, allí luz y sombra, continuaron amarrados a su polvo.

La Potranca

Corría en la pradera por la orilla del río. Sus cascos caían rápidos sobre el campo recién arado. Al pasar junto a los frondosos árboles los pájaros revoloteaban. La potranca alazana corría caprichos y libre. Echada, en la noche, soñaba en los placeres del viento ondeando sus crines. El círculo de la soga se abrió y preciso se cerró a su cuello. Todo se fue adelgazando y la punta del alfiler penetró en la retina regando su luz. La sombra de la venganza huyó perseguida por un dolorido relincho que interminablemente galopa en la sangre.

Arca de Noé

El tiempo pasó, aumentó, subió de nivel y el Arca de Noé, surcó en las etéreas aguas del tiempo. El tiempo sigue, el Arca sigue, y a la tierra le ha salido un mástil inmenso en el Ecuador.